

## **CARTA DEL OBISPO**

### **CONCIENCIA, ÉTICA Y POLÍTICA**

**+ Vicente Jiménez Zamora**  
**Obispo de Santander**

En esta *Carta pastoral* trato de poner en relación estos tres conceptos: conciencia, ética y política.

Todos hemos oído decir alguna vez que “el poder corrompe”. Incluso se justifica esta “necesidad” aberrante de actuar contra la conciencia, diciendo que “el negocio es el negocio” y “la política es la política”. Es la teoría de la doble moral, es decir, que aquellas cosas que me obligan en mi vida privada no me obligan cuando estoy en los negocios o ejerciendo un cargo público.

Esto no es verdad, a la luz de la moral cristiana y de la doctrina social de la Iglesia. En política, como en cualquier otra actividad humana, se debe ser una persona con ética y con conciencia. Así nos lo enseña el ejemplo elocuente de Santo Tomás Moro, proclamado Patrón de los Gobernantes y Políticos, que supo testimoniar hasta el martirio la “inalienable dignidad de la conciencia” frente al poder político. Aunque sometido a diversas formas de presión psicológica, rechazó toda componenda, y sin abandonar la constante fidelidad a la autoridad y a las instituciones, afirmó con su vida y su muerte que “el hombre no se puede separar de Dios, ni la política de la moral”. (cfr. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Motu Proprio* dada para la proclamación de Santo Tomás Moro Patrón de los Gobernantes y Políticos, n. 1 y 4).

Me viene a la memoria una escena de la película “*A man for all seasons*”, esa gran obra de Zinnemann que ganó seis Oscar en 1966. Wolsey reprocha a Tomás Moro que anteponga su conciencia a lo que él (Wolsey) estimaba graves intereses del Estado en relación con el rey Enrique VIII y Ana Bolena. Tomás Moro responde: “Es fácil. Creo que cuando los hombres de Estado se olvidan de su propia conciencia y anteponen sus deberes públicos conducen a su patria por el camino más corto hacia el caos”.

La doctrina social de la Iglesia explica la relación entre conciencia, ética y política y valora la democracia y la autonomía de la política, “*arte noble y difícil*”. Al mismo tiempo, subraya que esta autonomía no significa ausencia de la ética en política. El problema teórico más difícil es la pretensión de que el relativismo ético (la tesis de que no existe una norma moral universal e inderogable) sea la condición de posibilidad de la democracia. Frente a esta pretensión se afirma que la democracia, para no degenerar en totalitarismo, necesita fundamentos verdaderos y sólidos, principios éticos no negociables. Recuerda principalmente al respecto la doctrina social de la Iglesia el principio de la intangibilidad de la vida humana (no se puede matar), y concreta que un católico no puede apoyar con su voto proyectos que lo contradigan.

El hombre es uno. El político y creyente son una misma persona. Y esta persona debe actuar siempre con coherencia, con autenticidad. No puede llevar una doble vida: una cuando cree y otra cuando gobierna. La unidad es condición de vida; la escisión mata. Es posible, aunque sea difícil, trabajar hoy en política y ser al mismo tiempo un cristiano coherente. No es cierto que el político sea necesariamente un ser corrompido.